



MARÍA TERESA EALY DÍAZ

“No soy un apellido, tampoco su blanco”

Soy mujer. Soy legisladora, abogada, ciudadana. Y hoy, más que nunca, soy el blanco de una violencia disfrazada. En los últimos días, he sido objeto de una campaña de ataques que no son producto del debate democrático ni del disenso sano. Son expresiones de odio que buscan silenciar, anular, deslegitimar. Y lo hacen utilizando la herramienta más cobarde: la violencia política de género encubierta bajo el disfraz de libertad de expresión y periodismo.

Muchos se han tomado la libertad de insultarme públicamente, de difamarme, de cuestionar mi presencia en la vida pública, no por lo que hago, sino por cómo me llamo. Se ha repetido una y otra vez que todo lo que soy, todo lo que he logrado, se reduce a un apellido. Como si la trayectoria, el trabajo, el estudio, la perseverancia no contaran. Como si el simple hecho de ser “Ealy” bastara para invalidar todo lo demás.

Desde el inicio de mi carrera pública, fui plenamente consciente del peso simbólico que representa el apellido que porto. Incluso le dije a mi padre que estaba dispuesta a dejarlo de lado y presentarme solo como María Teresa Díaz. Pero entendí que ese no era el camino. No puedo, ni debo, negar quien soy. Porque un apellido no abre puertas: lo que las abre es el talento, el esfuerzo, la disciplina, y la constancia en el trabajo.

No me avergüenza de dónde vengo, pero tampoco lo he usado como atajo. He construido una carrera jurídica como abogada litigante, y ahora desempeño con responsabilidad mi función como diputada federal. No necesito justificarme: mis hechos, mi agenda, mi presencia en el territorio y mi compromiso con las mujeres hablan por sí mismos.

Lo verdaderamente grave es que estas agresiones no son individuales ni aisladas. Forman parte de una práctica cada vez más frecuente:

ejercer violencia política de género desde los medios, las redes sociales y los espacios públicos, bajo el manto de la “libre opinión”. No se trata de cuestionar una propuesta o una decisión legislativa; se trata de deshumanizar a una mujer por atreverse a ocupar un lugar de poder.

Esa violencia también se manifiesta de formas más sutiles pero igual de dañinas: cuando se nos descalifica no por nuestras ideas, sino por la ropa que usamos; cuando se cuestiona nuestro apellido en lugar de nuestras propuestas; cuando se nos dice que llegamos por “cuota” y no por mérito; cuando en una mesa de debate se nos interrumpe con mayor frecuencia; cuando nuestras denuncias se minimizan como exageraciones; o cuando nuestros errores se castigan con dureza, pero nuestros logros se celebran con tibieza.

No es un fenómeno nuevo. A muchas nos ha pasado. Basta ver el caso de la titular de la Secretaría de Mujeres, Citlalli Hernández, una mujer brillante y trabajadora, cuya labor ha sido consistentemente opacada por ataques centrados en su físico y no en su desempeño legislativo. A ella —como a muchas otras— no se le evalúa por sus ideas, sino por su apariencia. Eso también es violencia.

Lo verdaderamente grave es que estas agresiones no son individuales ni aisladas.

Eso también duele. Y eso también nos retrasa como sociedad.

Este tipo de violencia busca lo mismo de siempre: que nos cansemos, que nos callemos, que renunciemos. Pero no lo lograrán.

Mi causa ha sido, es y seguirá siendo la defensa de los derechos de las mujeres. Porque sé lo que cuesta llegar, y sé aún más lo que duele que intenten borrarlo cuando lo haces. No estamos solas, y no vamos a ceder ni un paso. Porque esto no se trata solo de una: se trata de todas nosotras.

Hay quienes quieren escudarse en casos específicos y minoritarios para menoscabar este derecho que hemos ganado. A esas personas, les advierto: retroceder sería un golpe devastador para todas las mujeres que han luchado por abrirse paso en la política. No podemos detenernos ahora, ni debemos hacerlo nunca más.

Somos más que un apellido, un físico o un atuendo y no vamos a pedir permiso para mostrarlo. ●

Diputada federal. LXVI Legislatura